

—El infame

despues de lidiar ardido  
cayó á mis piés. Leonor, dame  
un abrazo.

—¿Le has herido?

—Le he muerto.

—Déjame... Aparta...

Huye... Yo muero... ¡Cruel!

¿No era mi desdicha harta?

—Leonor, fué contigo infiel.

—Las fuerzas me faltan ya.

¡Cielos!

—¡Leonor!

—¡Inhumano!

¡Huye, que teñida está

con sangre suya tu mano!

Aparta... Por compasion

vete... No... Escucha... Al instante

traspásame el corazon,

que unirme quiero á mi amante.

—¡Leonor!

—¿Qué tardas? La vida

ya sin él me es enojosa...

Mátame, y á Poncio unida

nos cubra una misma losa.

—¡Leonor! ¡Hermana!

—¿Yo hermana

de su asesino?... ¡Ay!

—No fué

asesinado ¡inhumana!

que con honor le maté.

—Odio me inspiras... ¡Ay Dios!...

—¡Odiarme cuando la afrenta

he lavado de los dos!

—Yo muero...

—¡Infeliz!... ¡No alienta!

Casi exánime en el lecho  
está Leonor, y á su lado

Mauricio su muerte llora,  
que la consume por grados.  
Ya la luz falta á sus ojos,  
y el movimiento á sus labios,  
que ya para siempre van  
á cerrarse inanimados.  
Haciendo el último esfuerzo,  
señal de su fin infausto,  
esclama con débil voz:—  
¡Mauricio! ¡Querido hermano!  
perdóname... ¡Adios!—Y espira,  
en las suyas estrechando,  
ya como la nieve frias  
de Mauricio entrambas manos.

Y pocos meses despues  
de haber sepultura dado  
al cadáver de Leonor,  
contra los moros lidiando  
murió en Navarra, cubierto  
de gloria y famosos lauros,  
Mauricio Ordoñez de Lara,  
El INVENCIBLE nombrado.



## EL HOMBRE PONE Y DIOS DISPONE.

(A la señora doña Petra Jeli de Andueza.)

Si por dicha, lector, no eres de aquellos  
grandes afortunados babazorros,  
que de instruccion, si no de pesos, horros,  
y del saber creyéndose en la cumbre,  
al talento escarnecen  
con rústico y soez charlatanismo:  
si del jenio te placen los destellos:  
si á los que escriben versos, por costumbre

no desprecias, con bárbaro egoismo  
insultando á los pobres que merecen  
ser más dichosos y estimados que ellos;  
presta atención á lo que aquí te cuenta,  
y bendígate Dios por complaciente.

## I.

Están en triste aposento  
un hombre y una mujer,  
y, renuevos de su ser,  
tres niños que ánjeles son.  
Envidiable es el contento  
que gozan los inocentes,  
mientras sus padres dolientes  
se rinden á la aflicción.

Virtuosos son, y disfrutan  
de salud; se aman sin celos. . .  
¿Pues qué motiva sus duelos?  
¿Por qué jimen á la par?  
¿Por qué si se aman disputan?  
¿Por qué lloran? ¡Desdichados!  
¿Viven en el mundo aislados?  
¿Nacieron para penar?

—*Son pobres.*—¿Y la pobreza  
es baldón?—*Ya sin dinero  
nadie es noble y caballero,  
ni dichoso.*—Tendrá honor.  
Esta es la mayor riqueza  
á que toda criatura  
debe aspirar.—*No hay ventura  
sin dinero.*—Grave horror.—

Con el sudor de tu frente,  
dijo Dios al primer hombre,  
comerás, pues que tu nombre,  
con la culpa se manchó.  
Y desde entonces la jente  
que le sucedió, al trabajo,  
cortando por el atajo,  
para comer, apeló.

Y del celeste decreto  
dimanaron los oficios,  
que dan sustento á los vicios  
del miserable mortal.  
Desde entonces indiscreto  
el ambicioso se lanza  
audaz tras de la esperanza  
de hacerse más que su igual.

Y siempre en continua guerra,  
de afanes y susto lleno,  
envidia lo que es ajeno  
y lo usurpa sin temor.  
Y del centro de la tierra  
estrae la plata y oro,  
con el que se aja el decoro,  
y se deslustra el honor.

Y el oro. . . ¡maldito sea,  
una y mil veces maldito!  
hace que un santo en precito  
se cambie en un santi-amen.  
Digalo la vil ralea  
de antipatriotas profanos  
que á los buenos castellanos  
ultrajan en su desden.

Son como Júdas, que harían  
por un miserable empleo  
á su mismo padre reo,  
y un bendito á Satanás.  
No á sus padres; venderían  
por una triste venera  
al inglés la España entera,  
y aun su alma á Luzbel, que es más.

Dejemos ya digresiones,  
lector benévolo, á un lado,  
y á guisa de diputado  
entremos en la cuestión. . .  
¡Calla! ¿Qué es ello? ¿Te pones  
mohino? ¡Ya, ya comprendo! . . .  
¿Dices que en *materia?* Entiendo,

y te sobra á fe razon.

No has de interpelerme en vano  
como á ministros de Iberia.

Pues voy á entrar en materia,  
"dejo la paja y el grano."

Así dijo un senador. . .  
¿De nuevo arrugas el jesto  
porque insípido y molesto  
discurro á fuer de orador? . . .

Digo, pues. . . Pues como digo. . .  
Es decir. . . Por lo que dije. . .  
claramente se colije  
que mis doctrinas. . . Prosigo. . .

Cosiendo estaba la mujer honrada,  
y componiendo un drama su marido:  
ella triste á la par que resignada;  
él de entusiasmo y esperanza henchido.

Porque el hombre es dichoso cuando sueña  
un porvenir colmado de ventura;  
y cuando ciego en alcanzar se empeña  
las fantásticas dichas que se augura.

Por eso la esperanza nos da aliento,  
y el esclavo infeliz no se suicida:  
el marido por eso está contento,  
resignada su esposa, aunque aflijida.—

Filósofos, decid si hay en el mundo  
bien que se iguale al bien de la esperanza:  
si hay manantial, decidme, tan fecundo  
de gloria, y luz, de dicha y bienandanza. . .

Pero no lo direis, porque sin ella  
ni fe ni relijion tuviera el hombre;  
porque al mortal halaga siempre bella,  
y en ella de su Dios adora el nombre.

Porque siendo de orijen sobrehumano,  
bálsamo es celestial que refrijera:  
precepto que se funda en un arcano;  
en estas dos palabras: CREE Y ESPERA.

Porque del Cielo élixir prodijioso  
nos da aliento, y alivio á nuestros males:  
porque es el bien mayor que bondadoso  
el Hacedor concede á los mortales.

Un porvenir risueño, afortunado,  
augura la Esperanza al buen consorte.—  
"Tu destino, escritor, me ha revelado  
que tu felicidad está en la corte.

En la corte de España, do al poeta  
lauro, riquezas, proteccion y fama  
se prodigan sin fin. Anda y completa  
tu gloria allá."—Le dice, y él esclama:

¡Yo te lo juro, sí, Númen propicio,  
tú que consolador calmas mis penas!  
¡Tú que me salvas hoy del precipicio,  
é inflamando mi pecho me enajenas!

Ya te obedezco, sí; que nunca en vano  
al mísero mortal iluminaste.  
Sé mi norte, mi luz, tú que el arcano  
de mi destino penetrar lograste.

Siervo tuyo desde ahora mi albedrio,  
como me ampires tú nada me aterra:  
que si en el Cielo hay Dios, ídolo mio  
al par que á Dios te adoraré en la tierra.—

Un jenio parecia  
el inspirado vate,  
cuyos vivaces ojos  
brillaban como el sol.  
Absorta le veia  
su esposa, que combate  
del hado los enojos  
con ánimo español.

—Resuelto estoy.—La dijo.—  
Partamos. Si no quieres  
seguirme, no lo dudes  
yo solo iré á Madrid.  
—¡Tú solo! No transijo,

ni que consienta esperes  
mi padre.

—No te escudes,  
mujer, con ese ardid.  
—¡Ardid! ¡Ah! Concluyamos.  
Si en balde fué mi ruego,  
si el tuyo es mi destino,  
seguirte mi deber;  
vencida estoy, partamos,  
partamos todos luego  
á do quizá tu sino  
nos lleva á perecer.—

Estas últimas palabras,  
que su esposo no entendió,  
porque en un suspiro envueltas  
á duras penas la voz  
las pronunció balbuciendo,  
dos lágrimas de dolor  
arrancaron á la hermosa  
de lo hondo del corazón;  
lágrimas que su consorte  
besándola restañó;  
y contento á disponer  
el viaje se apresuró,  
como aquel que á ciegas corre  
de su desventura en pos.

Ya embarcados están. La fiel esposa:—  
“Padre, hermanas, ¡adios!”— Dice, y suspira.  
Ya del puerto la nao presurosa  
al impulso del viento se retira.  
—“Adios, clama el poeta, atras volviendo  
los ojos, Cuba hermosa, hospitalaria.  
Yo por tu bien, tu nombre bendiciendo,  
elevatoré á los Cielos mi plegaria.”—

## II.

Con alas y con rastreras

navegando rumbo al Este,  
un bergantin español  
el mar espumoso hiende.  
Nueve cañones por banda,  
de gran calibre, sostiene,  
porque, castillo ambulante,  
los corsarios le respeten.  
Cien atléticos mancebos,  
áviles cuanto valientes,  
forman la tripulacion,  
adicta solo á sus jefes.

Acaso un pez de improviso  
al *currican* arremete,  
y tragándose el anzuelo  
en pescado se convierte.—

“¡Hola! . . . Espera.—Forte, forte. . .  
Que no se escape.—Hala.”—Y viene  
á bordo un atun colgado  
del *currican* que no cede.—

En la popa el capitán  
mira con semblante alegre  
del sol el último disco  
que entre las nubes se pierde.  
Con sus estrellas la noche  
se apresura diligente,  
y el horizonte se oculta,  
y el rumor del agua crece.

Sin pensar en lo que fué  
ni en lo que será, y alegres,  
los marineros platican,  
y cantan, fuman y beben.  
Así la vida consumen  
entre afanes y placeres,  
que si en alta mar trabajan,  
en tierra asaz se divierten.

Contra el costado una ola  
ora estrellarse se siente,  
salpicando la cubierta  
y al timonel que no duerme:

ora de algun ballenato  
el bufido que estremece;  
ó bien el trueno remoto,  
que al relámpago succede.

En la serviola asentado  
y de atalaya un grumete  
canta feliz, sin que el duelo  
de su alma la paz altere.—

“Corredera. . . Listo. . .—Listo.—  
Cambia.—Cám... Top.—¡Cuántas?—Nueve.”—  
Y sopla el viento del norte,  
se altera el mar, truena y llueve.—

“Arria alas de gavia. . .  
Aferra sobres. . . Juanetes. . .  
Carga mayor. . . ¡Carga, carga! . . .  
¡Bras por babor el trinquete! . . .  
Amarra.”—Y sañudo el viento  
ruje; la mar se enfurece,  
y el bajel entre las olas  
lucha, y con horror se mece.

Las diez han dado. El piloto,  
que está de guardia, no pierde  
de vista un gran nubarron  
que se forma ácia poniente.  
Sopla con mas furia el viento:  
cuyo silbido ensordece;  
truena; á torrentes el agua  
de las nubes se desprende. . .

Con la gavia á todos rizos  
el bergatin arremete,  
salvando montes de espuma,  
entre los cuales, valiente,  
si bien en lucha terrible,  
ora se oculta, ora vuelve  
á aparecer, en continuo  
vaiven, é invencible siempre.

Brilló la aurora; y por el mar sereno  
deslizándose va á un *descuartelar*

el mismo bergantin, de joyas lleno,  
y lleno de esperanzas á la par.

Ricos y pobres en su seno encierra,  
divididos con bárbaro desden;  
que en alta mar, lo mismo que en la tierra,  
jerarquias y escándalos se ven.

A bordo de su barco se proclama  
absoluto monarca el capitan;  
príncipe su piloto; y á su fama  
los marineros, siervos, brillo dan.

Aliados, y huéspedes y amigos  
de ambos á dos los pasajeros son:  
y de su acierto y faltas son testigos,  
y á ellos sujetos van sin remision.

Con ellos van los niños, el poeta  
y su siempre adorada esposa fiel:  
los párvulos alegres; ella inquieta;  
ebrio de ricas ilusiones él.

Y van en compañía de una hermosa  
á quien cela un tutor sin descansar:  
y por llegar á puerto está ella ansiosa,  
si él la tierra de España ánsia pisar.

De Galicia salió cuando mancebo:  
diez lustros en América cumplió;  
y vendiendo manteca, aceite y sebo,  
sendos miles de pesos apiñó.

Y es ya *señor indiano*, porque es rico,  
quien cual plebeyo despreciado fué;  
pero aunque poderoso, es un borrico  
que anda porque á los otros andar vé. . .

En popa va el bajel, que desafia  
al noto furibundo y á las olas,  
y que veloz navega noche y día  
por saludar las costas españolas.

Súbito, al despuntar una mañana,  
májico olor de purpurinas flores  
llenó el ambiente, y la cohorte ufana  
con gran contento prorumpió en loores.

Con júbilo despues articulada  
la voz de ¡tierra! resonar oyeron;  
y todos al mirar la patria amada,—  
¡salve, España! mil veces repitieron.

¡Salve, heróica nacion, que grande y fuerte  
contrastas el rigor de la fortuna!  
¡Salve! y plegue á los Cielos concederte  
que tu poder se estienda hasta la luna.—

Así esclamaron; y al impulso leve  
del viento, y por las olas combatido,  
de la Coruña al puerto en curso breve  
llegó el bajel de paz y gozo henchido.

## III.

El Cielo, amigo caro, amiga tierna,  
é idolatrados niños, de ventura  
os colme y de su gracia sempiterna,  
y de amor y de anjélica ternura. . .—

Heles, pues, en Madrid. La esquivia fama  
seductora brilló para el poeta,  
quien al sentir su ponderosa llama  
en su pro sus misterios interpreta.

¡Vana ilusion! Esa deidad que el hombre  
alimenta en su loca fantasía,  
si se digna legarle ilustre nombre  
es cuando yace en la mansion umbria.

Pero ¡ay! que el vate, si de fama ansioso,  
más que fama ambiciona, más que gloria:  
ambiciona riquezas, que dichoso  
le hagan en esta vida transitoria.

Y sulca de la corte el océano,  
su nombre resonando en toda Iberia:  
mas al paso que adquiere un nombre vano,  
horrible le amenaza la miseria.

Ora sirve al capricho; ora traduce:  
vende al más insensato su talento;  
mas tanto afan apenas le produce  
ni lo que ha menester para el sustento.—

“¿Dónde estais, esperanzas halagüeñas?

¡Qué os hicisteis?”—Pregúntase á sí mismo.  
En la nada se hundieron, donde sueñas  
otras, que se hundirán en el abismo.

Pero nunca estarás sin esperanza,  
que el Cielo de este bien á los mortales  
no privará jamas, dando templanza,  
si no completo alivio, á nuestros males.

¿Dónde están los ensueños del poeta?  
Sus gratas ilusiones ¿qué se hicieron?  
Desencantada ya su mente inquieta,  
en triste realidad se convirtieron.

En realidad cruel. . . Ambos esposos  
tristes vieron pasar año tras año  
de la felicidad siempre ganosos,  
tocando cada dia un desengaño.

Mas la felicidad está en el Cielo.  
Ganadla con virtud, amigos mios,  
y allá la gozareis, cuando del suelo  
subais do no se admite á los impíos.—

Nadie espere, por mucho que le halague  
la esperanza, que al fin su ansia corone;  
ni que propicia sus desvelos pague;  
pues cuando *el hombre pone, Dios dispone.*

(Madrid, 1841.)

